

Editorial

Álvaro B. Márquez-Fernández

1996-2005: Diez años de utopizar la praxis filosófica en América Latina

Diez años en la vida de alguien, es un tiempo suficiente, para echar una mirada sobre el pasado y echar otra sobre el futuro de lo que ese “tiempo” representa, en cada uno de la mayoría de los hechos vividos y convividos. Casi siempre esas dos miradas son las que más nos orientan sobre lo que podríamos entender nuestro ir y venir en la historia que hacemos; sobre todo, cuando ésta se inscribe en un determinado “espacio” que nos sitúa en un determinado “tiempo”. Así nace, por ejemplo, la cronología, la biografía y las “historias de vida”, entre otras narrativas de la historia.

Resulta muy interesante visualizar, y en eso consiste nuestra permanente conciencia imaginaria, los diversos procesos sociales donde nos trascendemos como seres humanos particulares y colectivos. Es indispensable tener presente lo más posible, nuestra manera de hacernos y realizarnos y comprender el sentido de ese “hacer” en el que los medios y los fines de nuestras acciones se cumplen ideal y materialmente.

Entonces, nos vemos y nos presentamos frente a más de una historia en la que nuestra historia es apenas “una”, que forma parte de otras, donde los hechos que acontecieron se pueden agrupar u ordenar con un significado personal que siempre es convencional y parcial. Sin embargo, y a pesar de ello, existe algo que es la historia y quienes la hacemos y nos hace en cuanto tal; es decir, como sujetos activos que nos proyectamos en su desarrollo.

A esto nos queremos referir brevemente en el editorial que en esta oportunidad le ofrecemos, por primera vez, a nuestros lectores, para que puedan conocer la “petite histoire” —entre otras que están custodiadas por el silencio pero nunca tiradas al olvido—, que en su momento dio génesis y posteriormente desarrollo a este proyecto de querer hacer la filosofía desde la utopía y la praxis del pensamiento latinoamericano.

Ayer (1996), fue el tiempo para la siembra. Hoy (2005), es el tiempo de la cosecha. Dos tiempos que se conjugan en una misma intención de la acción, entre el ser y el hacer: el resultado es esa dimensión concreta donde la realidad siempre se manifiesta, se revela. La sabiduría popular nos dice a menudo que “se siembra en tiempo” de esperanzas y desesperanzas, sacrificios, esfuerzos, problemas, crisis, críticas, adversidades, con todo eso que a favor o en contra forma parte de la realidad vital que es la vida, porque nadie, salvo la vida, nos da las normas (Benedetti).

No hemos sido la excepción. Unos y otros, hemos vivido esos tiempos como sujetos y protagonistas. La vida nos ha brindado la oportunidad. Esta es, básicamente, la experiencia que deseamos testimoniar, pues consideramos que tiene el suficiente valor humano —además del intelectual—, entre otros no menos valiosos, que deseamos compartir junto a quienes por diez años nos han acompañado con su presencia, expresa o tácita, visible e invisible, corporal o virtual, desde tantos lugares de la América Latina y del mundo.

En aquel entonces —cuando el proyecto de esta revista reinaba en el “mundo de las ideas”—, y todavía ahora, el propósito que nos anima es repensar y reinterpretar la filosofía desde la voz y la palabra del cosmos y del habitar—el modo de ser— existencial y particular donde los latinoamericanos nos hacemos como ese nosotros que somos entre unos y otros. Es decir, situarnos como un logos en el contexto de las culturas, como lo señala For-net-Betancourt. Fueron y son muchas las voces, las palabras, que constantemente han respondido a esa llamada con la que América Latina ancestralmente se ha buscado a sí misma. Una respuesta que ha ido “in crescendo” año tras año, número tras número, colaborador tras colaborador, de día y de noche, a través de las páginas de esta revista internacional de filosofía latinoamericana, cuyo norte se perfiló desde la “utopía y la praxis” de nuestra convivencia y reflexión.

Ese “aquel entonces” a partir del que esta revista comienza a hacerse una realidad, es el año 1995. Hacía dos años que había culminado mis estudios doctorales con una tesis sobre el tema de la Filosofía y la antihegemonía en América Latina, en la Universidad de París. Había regresado a mi Universidad, con un proyecto filosófico de pensar la filosofía de otra manera más particular. Me valía de mis seminarios de investigación para ir proyectando, paso a paso, entre mis estudiantes de pre y postgrado, ese camino hacia un futuro por donde mi destino me hacía andar.

Ese año dictaba un seminario de pregrado, “Marxismo y postcomunismo”, entre otros que en ese momento eran de mi interés: el “fin del socialismo real”, “la crítica a la razón tecno-científica”, y algo sobre el “discurso de la postmodernidad”. Leía, pensaba y escribía. En todo momento era consciente de lo que esto significa cuando se hace desde América Latina. Siempre de frente, nunca de espalda, a lo que es la presencia de Europa entre nosotros. Indagando continuamente en las similitudes y en las diferencias. En ese discurso del uno y del otro, fui tejiendo, de algún modo, una manera de pensar sobre quiénes somos y lo que es el filosofar en la América Latina. Fue, quizás, esa postura lo que más me valió el reconocimiento y la identificación de mis alumnos con mis ideas.

Cualquiera de esos días del aquel año, uno de estos alumnos, que asistía como “oyente” a mis seminarios, estudiante de sociología, entre otros de Letras y Comunicación Social, me invitó a que escribiera un pequeño artículo de dos páginas para una revista estudiantil editada muy artesanalmente, sobre el discurso de la postmodernidad. Su nombre: “Utopía y Praxis”, su editor: Alejandro Boscán. Un joven idealista, más socialista utópico que neo-marxista. La amistad y la complicidad animó y alimentó una afectividad que creció entre las charlas, las conferencias académicas, y las conversaciones de última hora. El salón de clase de la Escuela de Filosofía, los pasillos de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Ciencias Políticas, el cafetín, la plazoleta, junto a otros condiscípulos que estaban en mi entorno (Lucía Rincón, Lino Latella, Veruscka Cavallaro, Lisbeth Amaya, Gustavo Güerere, Johorno Borges, Carlos Guerra, Fabiola Negrón, Héctor Medina, Karina Navarro, Efraim Márquez-Arreaza), fueron los escenarios donde aprendimos a preguntar, escucharnos y proyectar nuestros pensamientos sobre la realidad.

Otro día, de esos mismos, Alejandro me propuso la idea de que yo podría ser la “persona ideal”, para llevar adelante el proyecto editorial de una “revista de filosofía”. Sus palabras despertaron más que entusiasmo o admiración, un relativo escepticismo y la saludable duda: —“¿por qué yo, y no otro?”. Pero la idea fue ganando por sí misma mi voluntad y pasión para comprometerme con el proyecto.

Decidí, cualquier otro día, de “aquel entonces”, crear una revista de filosofía latinoamericana y ya para el primer semestre de 1996, tenía sobre mi escritorio un proyecto editorial para desarrollar. Acudí a los colegas nacionales e internacionales familiarizados con la publicación de revistas científicas en el área general de la filosofía, y de ese intercambio tan fructífero se dieron los primeros nombres para configurar los diversos miembros y miembras de los comités académicos, árbitros y asesores, así como la estructura temática de la revista y sus respectivas secciones.

Ya había en el país, en otra universidad una revista con el nombre de “Utopía y Praxis”, por lo que no podíamos valernos del mismo nombre para salir a la luz pública. Entonces, pensando continentalmente en lo que estaba trabajando en mis seminarios de investigación, consideramos que el nombre de la revista requería de un buen apellido. Se dio el complemento necesario: seríamos y reflejaríamos la “utopía y la praxis” del “pensar filosófico latinoamericano”, en el marco de la “cultura filosófica iberoamericana”.

El segundo semestre de 1996, presentamos ese proyecto editorial al Vicerrector Académico, Dr. Domingo Bracho, quien con toda receptividad dio puerta franca – a través del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CONDES) de la Universidad del Zulia-, a un espacio filosófico que desde entonces no ha cesado de crecer y madurar. Las dificultades financieras y las dilaciones administrativas no nos permitieron salir con el n°.1 (Julio-Diciembre-1996), en ese momento. Fue en Abril de 1997 cuando pudimos tener en nuestras manos aquella idea hecha una realidad concreta. De dos apariciones anuales (1996), pasamos a tres (1999) y luego a cuatro (2001), hasta la fecha, para un total de 30 números. Entre los años 2001 y 2002, editamos una versión de la revista en CD-ROM (del n°. 12 al n°.18), que se comercializaba pero que al final ha terminado distribuida solamente en las bases de datos, redes, bibliotecas electrónicas. Hemos sido reconocidos en los principales índices internacionales que tienen que ver con la evaluación y valoración de las revistas científicas periódicas.

En estos diez años hemos dado a conocer un panorama de la filosofía latinoamericana, que ha pasado desde los análisis políticos, interculturales y éticos a los pragmáticos, estéticos, históricos y epistémicos.

El referente central siempre ha sido la perspectiva latinoamericana de la investigación en la filosofía y las ciencias sociales. Un estudio estadístico creo que podría graficar con mucha claridad lo que es y ha sido nuestra revista en estos diez años, y las tendencias filosóficas a las que apunta. Nos parece que no es el caso llegar a esta demostración, pero efectivamente en lo cualitativo y en lo cuantitativo, la revista se ha convertido con el tiempo en un lugar de referencia y de consulta entre los estudiosos de la realidad latinoamericana y de la filosofía en general.

Siempre se ha entendido la utopía como lo dice su definición: “un no lugar”. Y en ese sentido ir hacia un lugar que no es posible, es tender a ir hacia una dimensión de la realidad inalcanzable humanamente, cuando menos. Sin embargo, aunque es una verdad que lo utópico es la manera más concreta de no estar en el mundo objetivo, no por eso la utopía es in-existente como posibilidad para crear realidades hacia el futuro de manera continua e inacabable. Entonces, lo utópico no impide que podamos utopizar -como muy bien lo señala Fernando Ainsa en muchos de sus magníficos estudios sobre la Utopía-, la realidad de hecho que también puede ser transformable por el pensar y el discurso de las utopías, que no dejan de ser y estar en el mundo de las realidades humanas.

Nosotros nacimos desde esa Utopía que desea, busca y encuentra como necesidad el utopizar el mundo en todas sus dimensiones, y, la consecuencia “lógica” de toda buena utopía es su capacidad re-creadora de la praxis que le sirve de mediación. Es en ella, la praxis, donde en efecto las utopías cobran vida y todo lo que de inalcanzables portan, es porque la esperanza que las alimenta y nutre, es un “ideal” que nunca muere. En nosotros este proyecto entre utopía y praxis, se ha convertido con el pasar de estos diez primeros años, en un modo de vida que cada vez más nos abre las puertas del futuro para un presente que debemos hacer a diario por parte de todos.

Hace diez años (Cfr. Año: 1. n°.1. 1996: “Presentación”, p. 1 ss), nos comprometíamos con un proyecto editorial que generará para la América Latina, una “respuesta”, una “teoría crítica”, un “cambio social”, una “red de investigadores”, una “alternativa de pensamiento y acción liberadora”, desde dos puntos de vista: el utópico y el de la praxis. La utopía como necesidad existencial de proyectar los ideales, la praxis como el movimiento a través del que el mundo de los ideales se hace concreto y real. Desde esos dos puntos de vista el proyecto de una revista internacional de Filosofía Latinoamericana continúa siendo un desafío que nos inspira a proseguir en un esfuerzo que es cada vez más compartido y validado entre quienes creen en las ideas y en la filosofía práctica que las hace una realidad. Se trata, entonces, de seguir creyendo en la utopía y de no perder, obviamente, la conciencia fáctica de que el mundo siempre es una posibilidad para re-crearla.